

decision y firmeza, marchaban hácia el frente de los molinos.

«La tropa perteneciente á la brigada del general Leon, estaba distribuida en las azoteas y en el acueducto. Luego que los americanos estuvieron á buena distancia, se les rompió por nuestras fuerzas un vivo fuego de fusilería.

«Mas como hemos asentado, mucha parte de las tropas que cubrian nuestra línea no se hallaban en ella, y la artillería no tenia fuerza que la sostuviera: la columna de asalto llega hasta el punto donde estaba la batería que hemos dicho y era un magueyal situado frente de los molinos. Se apoderó de tres de nuestras piezas, prorumpió en hurras por su fácil victoria, y se retiraba en tropel con sus trofeos, sin duda para investir de nuevo, pues como hemos dicho, tenian la orden de tomar á viva fuerza las posiciones.

«Las baterías del castillo de Chapultepec seguian jugando con acierto sobre la primera línea de batalla de los enemigos que ya hemos descrito.

«El 3.^{er} regimiento lijero, mandado por el coronel D. Miguel Echegaray, se situó en la noche en Chapultepec, sin que nosotros háyamos alcanzado las razones por que se dictó semejante orden, apareció en los molinos en los momentos en que los enemigos se acababan de apoderar de nuestras piezas.

«Echegaray, valiente, patriota, deseoso de distinguirse, arengó á sus soldados, los anima, les da ejemplo, y la columna victoriosa con mas de ochocientos hombres se encuentra acometida repentinamente por quinientos de esa buena infantería mexicana, que cuando ha sido conducida al combate por oficiales de pundonor y conciencia militar, ha merecido grandes elogios de los mismos enemigos.

«La columna americana, turbada un momento con este ataque se retira precipitadamente. El 3.^{er} lijero la per-

sigue haciéndole un vivo fuego. Los enemigos abandonan las piezas: nuestros soldados entusiasmados dejan la artillería reconquistada en medio de las lomas, y continúan haciendo un estrago horroroso en los asaltantes, y llegan precisamente hasta tiro de fusil de la línea de batalla enemiga.

«Pero esta tropa, que tan brillante comportamiento habia tenido, se encuentra sin apoyo. La ala derecha batida por la artillería de Duncan y amagada por una formidable columna no puede prestar ningun auxilio; la fuerza de reserva no aparece en el campo de batalla, y la numerosa caballería, fria espectadora del conflicto, intenta, pero no verifica movimiento alguno sobre el enemigo. El general D. Simeon Ramirez, que mandaba el centro de la línea, y que debia haber auxiliado con sus fuerzas, ya á la ala izquierda, ya á la derecha, supuesto que no era atacado, aparece un momento en los molinos, pero abandona el campo de batalla, y no se le vuelve á ver mas en esta importante funcion de armas, que podia muy bien haber decidido en favor de la República. D. Carlos Brito, otro gefe cuya posicion y mando en la batalla eran importantes, va á resultar en la villa de Guadalupe, sin que sepamos el motivo. Echegaray, que conservaba bastante sangre fria para calcular los acontecimientos, se ve comprometido á una gran distancia de nuestras posiciones: rodeado de numerosas fuerzas enemigas, cesa de perseguir á la columna, y se retira recogiendo las piezas de artillería, y la tropa multitud de despojos, circunstancia que unida á este momentáneo triunfo, embriagó materialmente de júbilo á estos buenos soldados, que limpiaban sus armas con orgullo; y entre la nube de humo que se levantaba lentamente de estos risueños campos, se elevan tambien los gritos de entusiasmo y de regocijo, repetidos por las tropas que guarnecian la Casa-Mata.

«No olvidemos añadir, que al retirarse el 3.^{er} ligero, perdió alguna gente por la mala puntería de los soldados que guarecían el acueducto. El lector, á quien queremos poner al alcance aun de los sucesos mas minuciosos, notará que esta funcion de armas se puede decir que fué positivamente casual, y no intervino el mando y las órdenes de un general en jefe, ni la combinacion que deben naturalmente tener unos puntos con otros en un campo de batalla.

«Este primer suceso varió las disposiciones de los americanos, y en su línea de batalla tomó una segunda posición.

«Reforzados nuevamente, organizaron sus fuerzas de la manera siguiente.

«Una columna, aumentada con la reserva, de la brigada del general Cadwallader, se dirigió de nuevo sobre los molinos.

«Otra sobre el frente de la Casa-Mata.

«Y la tercera, tomando una línea diagonal al Norte para atacar un ángulo de la misma Casa-Mata.

«La batería de cuatro piezas de Duncan fué avanzada, colocándose en la prolongacion de la capital del ángulo, es decir, tambien en direccion diagonal de la Casa-Mata, y disposicion de hacer fuego á la caballería.

«Las compañías de dragones fueron enviadas contra nuestra caballería, y dos piezas ligeras avanzaron para batir el acueducto.

«Entre tanto, nuestras fuerzas habian ocupado de nuevo sus posiciones; pero ni estaba por esto mas reforzada que ántes nuestra línea, ni la reserva se hallaba lista para auxiliar el punto mas atacado, y la caballería, vacilante, no se decidia á cooperar al buen éxito de la segunda lucha, como tampoco lo habia hecho en el acontecimiento anterior de que nos hemos ocupado.

«Las baterías de ambas partes no habian dejado de jugar; pero el ruido de la fusilería cesó un momento, y al disiparse el humo, dejaban ver las columnas enemigas que con decision avanzaban de nuevo sobre los molinos y Casa-Mata, en el órden que hemos descrito.

«La batalla comenzó segunda vez, y á pesar de lo desventajoso que era ya nuestra línea, no se notó en toda la infantería, ya de Guardia Nacional, ya de línea, sino el entusiasmo mas ardiente, el deseo mas vivo de combatir.

«La columna que asaltaba los molinos, como en la vez primera, fué recibida por un horrible fuego de fusilería.

«Las tropas estaban colocadas en el acueducto y en las azoteas: además, en la Era permanecian algunas fuerzas del tercer ligero, con una pieza de artillería; y detrás de una pequeña zanja, en cuya orilla todavía existen plantados algunos magueyes, colocó el coronel Echegaray unos tiradores, que ofendian considerablemente al enemigo.

«Los americanos volvieron en esta vez, si no á retirarse al menos á vacilar en su tentativa.

«La segunda columna, al mando del coronel Mac-Intosh, protegida como hemos asentado, por la batería de Duncan, avanzó resueltamente á la Casa-Mata.

«Las tropas mexicanas que la guarnecian, no pueden contener su entusiasmo; saltan de los parapetos, forman su línea, avanzan sobre el enemigo valientemente, comenzándole á hacer fuego cuando estaba á distancia de veinticinco varas. El jefe y los principales oficiales americanos, que conducian esta columna de asalto, caen heridos ó muertos: los soldados quedan momentáneamente sin jefe, y agoviados con las descargas de fusilería, huyen precipitadamente, y solo van á unirse al punto donde estaba situada la batería del coronel Duncan.

«La tercera columna, inclinada hácia una barranca que dividia el terreno de la accion, del que ocupaban nuestros

cuatro mil hombres de caballería, aparecía inmóvil, pero imponente.

«Los americanos rechazados de la Casa-Mata, vuelven de nuevo á organizarse: la columna que habia estado inmóvil, se mueve, y considerables fuerzas cargan de nuevo sobre la Casa-Mata.

«La batalla se hace general. El estruendo de la artillería y fusilería se asemeja á la explosión de un volcán, y el humo envuelve á los combatientes.

«Durante estos momentos, y nos vemos precisados á decirlo porque á ello nos obliga la verdad histórica, se habian enviado al general Alvarez, con la orden terminante de que ejecutara violentamente la carga, al capitán Schafino, al Lic. D. Juan José Baz y al coronel Ramiro. El general Alvarez se excusaba, diciendo que algunos de los gefes no querian obedecer. Otros de esos gefes disputaban en aquellos momentos que no era á propósito el terreno, y que no habia por donde pasar.—Sea de esto lo que fuere, el caso es que la caballería, léjos de pasar por el lugar que habia demarcado el general Santa Anna, cambió de direccion, intentando buscar el paso por otro punto casi inaccesible. Una de las piezas de á 24 del capitán Huger contuvo el segundo intento de la caballería, como las dos piezas de la batería de Duncan habian contenido el primero.—Es necesario añadir, que el mayor Sumner, á la cabeza de 270 dragones, pasó precisamente al encuentro de nuestra caballería, por el lugar que el general Santa Anna habia indicado como punto inaccesible, y que esta no destruyó como debia á la débil fuerza que le ofrecia una batalla.—El coronel de Mina, D. Lucas Balderas, habia sido herido en un pié al principio de la accion; pero entusiasta y pundonoroso como Echegaray, no quiso retirarse, y apareció á la cabeza de su batallon en el momento en que los americanos hacian un tercero

y formidable esfuerzo para vencer la posición de los Molinos. Atento Balderas á sus soldados, se adelantó quizá temerariamente, y cayó atravesado de una bala. La guerra nos arrebató uno de los mejores ciudadanos, uno de los militares mas valientes, uno de los hombres mas honrados; pero murió rodeado de todo el prestigio del valor y de la gloria.

«El general Leon, mudo, sereno, indiferente, se paseaba en medio de una lluvia de balas, y sin retroceder un paso de su puesto, recibió una grave herida de que sucumbió, terminando su carrera, como Balderas, de una manera gloriosa, y dejando una memoria grata á los mexicanos.

«Echegaray, el valiente coronel que hemos visto rechazar el primer ataque, y rescatar nuestras piezas de artillería, y el oficial de ingenieros Colombres, hacian en los Molinos esfuerzos dignos de que los hubiera coronado la victoria. Se hallaban tambien allí, animando á los soldados y prestando útiles servicios, el general D. Matías Peña, y el coronel Cano.

«El valiente capitán Mendez, del 3.^{er} lijero, ayudado del teniente Martinez, continuaba en la Era haciendo un fuego terrible con la pieza de artillería, hasta que sucumbió el primero, y una parte de su fuerza fué arrebatada por la batería que hemos dicho habian acercado al acueducto.

«Los soldados de Mina, valerosos, entusiastas hasta un grado infinito, y guiados por sus jefes Aleman, Diaz y otros, hacian esfuerzos desesperados con muy buen éxito.

«En medio de esta lucha encarnizada, los enemigos llegaron á la puerta del Molino. Desalojados todos los tiradores que estaban en el acueducto, una parte de las fuerzas enemigas pasaron del otro lado de la cerca, y al abrigo de las milpas penetraron por detrás de los edifi-

cios, teniendo que romper una puerta y sostener aun otra lucha contra algunos soldados que la defendieron.

«El elogio mayor que se puede hacer de esta funcion de guerra, es referirse á los documentos de los enemigos, en que asientan, que de catorce oficiales que conducian la columna de asalto, quedaron fuera de combate once.

«En cuanto al centro, aunque calculado de mas débil por los americanos, no fué el objeto de sus mas fuertes ataques.

«El coronel Echegaray en el último extremo reunió la fuerza que habia quedado en pié y emprendió su retirada.

«Los soldados de Mina se retiraron igualmente por las milpas hácia el bosque sin dejar de hacer fuego; la demas fuerza que defendia las azoteas, rodeada por frente y retaguardia, cayó prisionera.

«El coronel Tenorio cumplió hasta el último extremo con los deberes de un militar de honor, y herido gravemente, fué hecho tambien prisionero. Suazo, oficial de Mina, casi moribundo salvó la bandera de su batallon, enredándosela en la cintura y presentándola despues á los que habian escapado del desastre, cubierta con la sangre de sus heridas.

«La posición de los Molinos cayó finalmente en poder del enemigo, nuestra línea rota, no sin que esta parte del campo hubiese quedado cubierta de los cadáveres de los soldados americanos, y perecido la flor de su oficialidad.

«Una vez esta parte de la batalla forzada, establecieron una batería frente de las casas de los Molinos, y en union de nuestras piezas, que habian caido en su poder, dirigieron sus fuegos á la Casa-Mata, cuyos defensores habian sabido sostener admirablemente el punto.

«Las columnas enemigas rodearon esta segunda posición, atacándole con todo esfuerzo. Con el mismo, fue-

ron recibidos por nuestras tropas que guarnecian las azoteas y parapetos, de manera que fué una lucha, se puede decir, cuerpo á cuerpo; y en este particular, como mayor elogio, debemos referirnos tambien á los documentos oficiales de los mismos enemigos, que asientan que línea á línea tuvieron que conquistar el terreno. En estos momentos murió valientemente el recomendable coronel D. Gregorio Gelaty.

Sin que ocurriera la reserva, sin que la caballería á pesar del clamor general de todos los lejanos espectadores, ejecutara su carga, dispersas las tropas del centro, y forzada absolutamente la ala izquierda de la línea, y atacada por el frente y flancos por la artillería, la Casa-Mata cayó en poder del enemigo, y el general Pérez, que la defendió con honor, efectuó igualmente su retirada por las milpas situadas detras del edificio, y logrando llegar á la calzada de la Verónica.

«Nuestros lectores habrán extrañado el que no mencionemos en todo este conflicto al general Santa Anna. Es porque despues de haber formado el dia 7 su magnífica línea, y de haberla casi destruido en la noche del mismo 7, se retiró á dormir á palacio, y al amanecer marchó á la garita de la Candelaria, punto que creyó deberia ser atacado. La accion, pues, del Molino del Rey careció de general en jefe, y se redujo á los esfuerzos aislados de los que tuvieron bastante honor y patriotismo para cumplir con su deber, y que se vieron abandonados de los gefes de que hemos hablado, de la numerosa caballería, y sin esperanza de ser auxiliados, ni de obtener una victoria.

«En la garita de la Candelaria se observó el fuego de cañon, que hemos dicho, comenzó al rayar el dia. El general Santa Anna se dirigió al lugar del combate, á la cabeza del primer regimiento lijero; pero no llegó sino

hasta cosa de las nueve y media de la mañana, hora en que la derrota estaba consumada y era imposible reparar los desastres. En las calzadas de Anzures encontró el general Santa Anna al coronel Echegaray, que se retiraba, conduciendo con mil esfuerzos dos piezas de la batería tan tenazmente disputada.

«Se intentó resistir al enemigo que continuaba su avance; pero siendo ya imposible, se abandonaron las piezas, y las tropas se retiraron á Chapultepec.

«Las baterías del cerro habían continuado haciendo fuego con mucho acierto, sobre las posiciones que habían ocupado los enemigos. Una bomba cayó en la Casa-Mata, y voló el repuesto de pólvora que había en ella, pereciendo el teniente americano de ingenieros Armstrong.

«Algunas fracciones de las columnas de asalto, enemigas, intentaron penetrar en el bosque; pero fueron contenidas por los batallones de San Blas y Querétaro, y este último, todavía lleno de entusiasmo, obró oportunamente con muy buen éxito, pues el enemigo desistió de su intento.

«Los americanos recogieron sus heridos y oficiales muertos, y se retiraron á su cuartel general de Tacubaya. Según sus partes oficiales, perdieron cerca de ochocientos hombres.

«Supuesto que los enemigos forzaron nuestras posiciones y ocuparon nuestro campo, en el lenguaje militar no puede dársele á esta función de armas mas nombre que el de derrota; pero nosotros juzgamos que es una de las derrotas que nos honran, una de las mas señaladas y sangrientas batallas de toda esta guerra, y en la cual los soldados mexicanos dieron un evidente testimonio de su valor, y entusiasmo.»

«Como fué grande la pérdida que tuvieron los enemi-

gos en la acción del día 8, tuvieron necesidad de tiempo para rehacerse; y sin intentar nuevo ataque, solo se prepararon en los días 9, 10 y 11 para atacar el punto de Chapultepec, que en concepto de ellos y aun de muchos mexicanos era una verdadera fortaleza, aunque realmente no tenía sino ligeras fortificaciones donde no se podía resistir un ataque serio sino con mayor número de fuerza del que se destinó para la defensa de aquel punto.

Con la primera luz del día 12 de Setiembre, las baterías situadas en el punto de la Hermita rompieron sus fuegos sobre Chapultepec, cuya artillería contestaba tambien con acertados tiros. La numerosa artillería de los americanos, puesta en juego sobre Chapultepec, ocasionó grandes estragos en aquel edificio y no pocas muertes en los soldados que lo defendían, pero por todo ese día no se intentó asalto alguno, reduciéndose á bombardear las fortificaciones del cerro, desde las cinco de la mañana hasta las siete de la noche.

El general Bravo y su segundo, el general Monterde, despues de recibir con heróica serenidad el terrible bombardeo de todo el día 12, en la noche se ocuparon de reparar en cuanto les fué posible los estragos causados, así en lo material de las fortificaciones, como en la moral de los pocos soldados con que contaban, que no pasaban de 800 hombres contando con algunos alumnos del colegio militar. Al día siguiente, dicen las Memorias á que antes nos hemos referido: que cuando el general Bravo observó los movimientos de las tropas enemigas, mandó avisar inmediatamente al general Santa Anna, que iba á ser atacado, pidiéndole parque y refuerzos; pero desgraciadamente el general Santa Anna, que en todos los acontecimientos de esa guerra no comprendió el punto vulnerable del enemigo, ni el suyo, ni la ocasion en que

debió darse un ataque decisivo, juzgó que Chapultepec no sería asaltado y por tanto no lo reforzó.

«El enemigo que con 8,000 hombres había formado tres fuertes columnas á las órdenes de los generales Pillow, Quitman y Worth, ocupó el bosque con sus rifleros que, saliendo del Molino, arrollaron á los pocos tiradores mexicanos que lo defendían hasta el pié. La columna del general Worth volteó la posición, y figurando un ataque por la calzada de Anzures, llamó la atención del general Santa Anna. Una nube de tiradores, avanzando rápidamente sobre el puente de la calzada de la Condesa, se abrigó en los troncos de los magueyes y chozas inmediatas. Este ataque también se juzgó verdadero por el general en jefe, que alternativamente atendía á los tres puntos dichos; pero teniendo en inacción la mayor parte de sus tropas formadas en toda la calzada. Los enemigos, viendo que se resistían con vigor sus falsos ataques, dirigieron el grueso de sus columnas que entraron por el Molino al asalto del cerro, que empezaron á subir precedidas y flanqueadas por una nube de tiradores que con sus tiros certeros apagaban los de los defensores del cerro ó los distraían de atender á las columnas de asalto, que no encontraron otra resistencia formal sino la que les opuso al pié del cerro el valiente teniente coronel D. Santiago Xicotencatl con su batallón de S. Blas; pero muerto este jefe y la mayor parte de sus soldados, los enemigos avanzaron con bandera desplegada, cayendo esta algunas veces por la muerte del que la llevaba y retrocediendo algunos pasos las columnas; pero tomando otra la bandera, y continuando el avance hasta el terraplen, donde nuestros pocos defensores, aturdidos por el bombardeo, fatigados y hambrientos, fueron arrojados á la bayoneta, sobre las rocas ó hechos prisioneros, subiendo una compañía del regimiento de Nueva-York á lo alto del edificio desde don-

de algunos alumnos hacían fuego y eran los últimos defensores del pabellón mexicano que muy pronto fué reemplazado por el americano.

«Los enemigos, que habían hecho los ataques falsos sobre la calzada permanecieron quietos, sin molestar sino con algunos tiros la retirada que se hacía por los dos lados de los arcos con dirección á Belén.

«El general Pérez murió al principio del ataque de Chapultepec: el teniente coronel Cano, cumpliendo con su deber, fué traspasado por una bala de rifle, y espiró á las nueve de la noche de ese día: la pérdida de ese joven, fué muy sensible para las ciencias y para la patria. El general Dosamantes, que peleó con mucho denuedo, fué herido; y el general Bravo fué hecho prisionero, sin haber desmentido en toda la acción el carácter histórico con que es ventajosamente conocido en la República y fuera de ella; y en toda la acción de Chapultepec, hubo acciones dignas y honrosas, que además de probar mucha sangre fría y valor, manifiestan también, que en algunos corazones mexicanos el patriotismo era puro como en los primeros días de la Independencia.

«Sublime y aterrador era el cuadro que el día 13 de Setiembre presentó el antiguo y venerable bosque de Chapultepec: la densa nube de humo que lo cubría descansaba sobre las copas de sus sabinos; y estremeciéndose luego por el terrible estruendo de las bombas, aquella nube se rasgaba como por una lluvia de rayos para dejar ver el delicado césped de aquella mansión cubierta de cadáveres y de hombres moribundos, ensangrentada la agua de sus fuentes y desgajados los robustos troncos de sus árboles seculares..... ¡Aquel lúgubre cuadro anunciaba la proximidad de la gran catástrofe de la desgraciada República mexicana!»

Las fuerzas mexicanas que hasta entonces habían es-

tado en las calzadas inmediatas, sosteniendo los falsos ataques del enemigo, una vez que vieron tomado el cerro de Chapultepec emprendieron su retirada para la capital, siguiendo su avance sobre ellas las columnas del general Worth por la calzada de la Verónica y la del general Quitman por la de Chapultepec. Aun parecía que quedaban elementos bastantes para continuar la resistencia en la capital, porque la caballería mexicana casi estaba intacta, y la infantería a pesar de los descalabros que había sufrido estaba resuelta á hacer el último esfuerzo por la libertad de su país. Había tambien varios paisanos en quienes ardía el mismo entusiasmo, y despreciando los peligros de la guerra prestaban con gusto sus servicios para ayudar á los defensores de la capital: de estas personas que esa vez merecieron con su comportamiento que se escribieran sus nombres en la historia, como un testimonio de la gratitud nacional, son D. Antonio Haró Tamariz, D. Ignacio Comonfort, D. Vicente García Torres y los hermanos Romero D. Oton y D. Eligio, portándose todos con la mayor bizarría en medio de los fuegos en los combates mas reñidos.

Animada parte de las tropas por estas personas á la vez que por sus respectivos gefes continuó defendiendo la garita de Belen, el Puente de los insurgentes, las casas de San Cosme y las fortificaciones de San Fernando. Los enemigos encontraron todavia una vigorosa resistencia en estos puntos; y cargando sobre ellos con su numerosa artillería y la superioridad de sus fuerzas, aun tuvieron ocasion de palpar el valor, que apesar de su desgracia honró al ejército mexicano. En lo mas nutrido del fuego, una fuerza enemiga pudo avanzar por una calzada al costado de la garita de Belen, y para evitar que la fuerza que defendia aquel punto fuera cortada, mandó retirarla el general Rangel, y aquel toque que no era

sino para un solo lugar se propagó por toda la línea que avandonaron los defensores, yéndose por distintas direcciones al centro de la ciudad y con esto quedó el enemigo en posesion de las puertas de la capital.

A esa hora la noche había llegado ya y con sus tinieblas aumentó la confusion de los defensores de la plaza: en tales circunstancias, el general Santa Anna reunió en la Ciudadela una junta de los generales Carrera, Lombardini, D. Francisco Pérez, el Lic. Betancurt, D. Domingo Romero y el Sr. Olaguibel gobernador de Toluca, quien se oponia á que en aquella junta se decidiera el importantísimo punto de seguir defendiendo ó abandonar la capital en aquellas circunstancias: manifestando que tan delicada cuestion deberia tratarse en junta de ministros y con asistencia de mayor número de generales; pero el general Santa Anna apesar de esta oposicion decidió el abandono de la ciudad, nombrando general en gefe de las fuerzas al general Lombardini y su segundo al general Pérez. En virtud de aquella orden se mandó que los cuerpos de guardia nacional se disolvieran y el ejército en número como de 9,000 hombres salió en la misma noche por la garita de Peralvillo para la Villa de Guadalupe á donde se dirigió tambien el general Santa Anna acompañado de D. Ignacio Trigueros.

La poblacion de México que no supo en la noche la retirada de las fuerzas amaneció el dia 14 de Setiembre bajo el yugo de las bayonetas extrangeras: una comision del Ayuntamiento salió á pedir al enemigo garantías para la poblacion; y á las seis de la mañana empezaron á ocupar la ciudad las fuerzas de los generales Quitman y Worth, haciendo su entrada el general Scott á las nueve de ese mismo dia.

El pueblo que hasta entonces no había tomado parte en la contienda, ya fuera por indolencia ó porque no se

había sabido explotar su decisión, no pudo resistir á la vista de los invasores posesionados ya de la capital de la República, empezó á brotar por todas partes resuelto á lanzar el grito de guerra, y provocar una lucha sangrienta en contra del enemigo que habia enarbolado ya su pabellon en los palacios nacionales. Un tiro salido del Callejon de López y que hirió en una pierna al coronel Garland fué la señal para aquel combate que pronto se generalizó en todas las casas y calles que ocupaban los enemigos.

La lucha era enteramente desigual, porque á la vez de que los enemigos tenian un numeroso ejército organizado y con los necesarios elementos para la lucha, el pueblo en su mayor parte no contaba ni siquiera con armas; pero aquel combate se sostuvo de una manera terrible, porque el pueblo luchaba con el generoso entusiasmo de la defensa del honor nacional y con la esperanza de que el ejército de línea volviera en su auxilio y se conseguiria un dia de gloria para la patria salvándola del invasor extranjero.

El general Santa Anna habia dispuesto en Guadalupe que la infantería al mando del general Herrera marchara para Querétaro; y que él con la caballería iria á Puebla con objeto de sorprender la guarnicion americana que habia quedado en aquel punto. Y cuando ya las fuerzas habian salido con esa direccion recibió la noticia de los esfuerzos que hacia el pueblo en la capital contra los invasores, excitándolo á que volviera con las tropas para favorecer aquel impulso patriótico. A consecuencia de esto el general Santa Anna volvió luego con parte de la caballería á la garita de Peralvillo, dando orden para que todas las fuerzas contramarcharan sobre la capital; pero no pareciéndole que el movimiento fuera una cosa de importancia, regresó á Guadalupe de donde ordenó que las

fuerzas siguieran su camino, sin hacer otra cosa en favor de México, que haber dispuesto la entrada de una corta partida de caballería para hacer un reconocimiento.

En la ciudad se repitieron en todo el dia heróicos combates de los que luchaban por la independencia de México, hasta que vino á suspenderlos una oscura y pavorosa noche cuyo solemne silencio solo se interrumpia de tarde en tarde con algunos tiros, que eran una formal protesta en nombre del honor nacional contra los invasores. Al amanecer el dia 15 se volvió á escuchar el estallido de las armas que manifestaba no haberse aplacado la ira del pueblo, prolongándose por todo el dia una sangrienta lucha como en el anterior, en espera del auxilio que habian solicitado de las fuerzas; pero pasando todo el dia sin que se realizara esa esperanza, los ánimos decayeron y al cubrirse el suelo ensangrentado con las tinieblas de la noche, todos se retiraron convencidos de la inutilidad de aquellos sacrificios.

La noche del dia 15 de Setiembre de 1847 tal vez ha sido la mas horrible que ha tenido México. Ninguna persona salia á la calle por temor de perder la vida, ninguna luz alumbraba la ciudad, cuyas calles estaban regadas de sangre y de algunos cadáveres; y solo se interrumpia el silencio de aquella noche por el ruido siniestro de los soldados americanos que recorrian las calles forzando las puertas de muchas tiendas y casas en que se entregaban á los excesos de la embriaguez y el pillage.

En los dias que siguieron á la ocupacion de la capital por los americanos, la ciudad tenia el aspecto lúgubre y sombrío correspondiente á las escenas que en ella habian tenido lugar; pero pasados algunos dias la confianza pública se fué restableciendo y con ella desaparecia tambien la severidad militar de que la revistieron los invasores á su entrada.

El Ayuntamiento que al principio guardó armonía con el general Scott para evitar á la ciudad mayores males, despues fué teniendo continuos disgustos con los gefes americanos, hasta que se le obligó á separarse de su encargo, procurándose el nombramiento de otra Asamblea municipal que fuera un ciego instrumento de los usurpadores, llevando su degradacion hasta el extremo de dar al general Scott un banquete donde se brindó por sus triunfos en el Valle de México.

Mientras esto pasaba en la capital, el gobierno mexicano se hallaba establecido en la ciudad de Querétaro, siendo presidente D. Manuel de la Peña y Peña que fué nombrado por una junta de guerra celebrada el 16 de Setiembre y ante la cual habia hecho dimision del mando supremo el general Santa Anna. Este gefe con la caballería sacada de la capital se dirigió al Estado de Puebla, donde no pudo tener el resultado favorable que se proponia; de allí se dirigió al Estado de Oaxaca donde su gobernador D. Benito Juárez, no lo quiso recibir; y como el gobierno de Querétaro lo llamaba para sugetar á juicio su conducta como general, no vió mas medio de librarse de la desgracia que lo amenazaba, sino dirigiéndose á la costa donde se embarcó para Turbaco, pueblo de la Nueva Granada.

D. Manuel de la Peña y Peña tuvo como asociados en la presidencia á los generales Herrera y Alcorta y como únicos ministros al general D. Pedro M^a Anaya encargado de la cartera de guerra y á D. Luis de la Rosa de la de relaciones. Como el Sr. Peña y Peña habia manifestado siempre sus tendencias mas bien por las negociaciones de paz, luego que él estuvo encargado de la presidencia de la República, por serlo de la Suprema Corte de Justicia, se dirigió á él el gefe americano para continuar las negociaciones de paz que se habian iniciado en México despues

de las acciones de Padierna y Churubusco; y despues de muchas conferencias vino á terminarse el dia 2 de Febrero de 1848 en la ciudad de Guadalupe Hidalgo un tratado de paz, amistad y límites entre México y los Estados Unidos por el cual cedió México mediante una indemnizacion el terreno de Texas, Nuevo-México y la Alta California.

Este tratado con las modificaciones del Senado de los Estados-Unidos pasó á la discusion de las cámaras mexicanas reunidas en la ciudad de Querétaro; la comision de relaciones compuesta en el congreso de los Sres. Jimenez, Larez, Solana, Macedo y Lacunza presentó su dictámen el dia 13 de Mayo apoyando con muy fuertes razones la necesidad imperiosa de la paz, concluyendo con pedir al congreso la aprobacion del Tratado del dia 2 de Febrero de ese mismo año. La discusion de un punto tan grave para el honor y los intereses de la nacion no podia dejar de ser fuerte y acalorada: los diputados Muñoz, Villanueva, Prieto, Pacheco, Rodriguez, Doblado, Aguirre, Arriaga y Cuevas, combatieron el dictámen pidiendo la continuacion de la guerra; y en contra de esta opinion hablaron en favor del dictámen sus mismos autores apoyados por los diputados Payno, Elguerro, Micheltorená y Mendoza y el secretario de relaciones D. Luis de la Rosa. Pero en tan acalorada discusion, ni se faltó á la desencia, ni se pusieron en juego mezquinas pasiones: se tomó en consideracion, así lo que exigia el honor de México justamente agraviado por una invasion tan escandalosa, como lo que era de esperarse del estado de su desgracia y decaimiento de sus elementos; y posándose en el fiel de la justicia las razones que se habian expuesto en favor y en contra del dictámen, fué aprobado este por 51 votos contra 35: votando por la afirmativa los Sres. Almazán, Aranda, Arias, Avalos, Balderas, Barquera, Barrio, Bo-

